

DRAGOS

Ana Nuñez Traves



Capítulo 1

CAPITULO I

Afuera de Brasov (Rumanía), 2 de Noviembre de 1870.

La noche iba cayendo cada vez más, y una ligera niebla se iba apoderando de aquel camino. La luz de la luna, junto con la de las dos pequeñas lámparas de aceite que se encontraban a ambos lados del carruaje, era la única que iluminaba el sendero. El cochero, asiendo fuertemente las riendas de los dos equinos a los que guiaba, daba las gracias a Dios de que fuera una luna llena la que iluminaba el cielo de aquella noche.

A ambos lados del camino solo había oscuridad, a cuyo aumento ayudaban la gran cantidad de árboles que atravesaban. En aquella época del año sus ramas estaban totalmente desnudas, y entre ellas, una curiosa y extraña niebla, que se deshacía como lo haría una telaraña al atravesarla, ayudaba a darle el aspecto de largos dedos huesudos de cadáveres que intentan escapar de sus tumbas. El enorme círculo lunar se recortaba en el cielo, ascendiendo poco a poco de una manera que le hacía parecer querer salir de la maraña de zarpas.

Hacía ya varias horas que Mary no se asomaba por las ventanas del carruaje. La última vez que lo había hecho aún no había anochecido, y ya le parecía que aquel desolador lugar no se atrevería a atravesarlo ni el más valiente.

Iba ya medio dormida cuando un profundo aullido de lobo la despertó, era el último toque que le quedaba para hacer más aterrador aún a aquel lugar, si es que aquello era posible... Miró a su derecha y vio como su padre dormitaba, la cabeza se le había venido hacia adelante con el traqueteo del carro y su sombrero parecía estar a punto de caer de su cabeza.

—Papá...—Le susurró ella, dándole un pequeño toqucito en el brazo.

El hombre no contestó, solo se revolvió en su asiento y se giró hacia el otro lado, dándole la espalda a la joven.

Peter, un cincuentón y simpático abogado croata, al que habían conocido en Bucarest y que casualmente también se dirigía a Valaquia, cabecaba igualmente en su asiento con los brazos cruzados sobre su pecho, como si sintiera frío. Su largo y rizado bigote se mecía con cada fuerte respiración acompañada por un ligero ronquido.

"Vaya compañía de viaje", pensó Mary, volviéndose a acomodar en el

sillón.

Hacía algo más de seis años que Grazy, su madre, había muerto tras una larga enfermedad, por lo que ella y su padre viajaban juntos por casi toda Europa debido al trabajo de éste, era burócrata del Gobierno francés. Mary no tenía hermanos, por lo que viajaban ellos dos solos. Rumanía era el quinto país que visitaban, con intención de permanecer en Valaquia los próximos cinco meses. A Mary no le hacía especial ilusión aquel lugar, pues, aparte de que no podría tener una vida normal, tampoco podría conocer a gente de su edad con la quien juntarse mientras su padre acudía a sus numerosas y soporíferas reuniones profesionales, aunque solo fuera dentro de su círculo de trabajo. En Londres, de donde ahora venían, había hecho muchos amigos, aunque allí solo permanecieron tres meses en lugar de cinco, aquel había sido el lugar en el que había conocido a la que consideraba ya una amiga para toda la vida, la también profesora, Sarah. Le dolía tener que dejar a la gente que había aprendido a querer en los diferentes lugares en los que había vivido, a sus veinticinco años aún no había pasado más de uno en una misma ciudad desde que su madre había muerto, y le gustaría encontrar un sitio en el que poder vivir finalmente y formar una familia, el cual era su sueño desde pequeña.

Con todo el esfuerzo de su corazón, empujó la puertecita de madera de la ventana del carro y se asomó por ella, al ver la niebla se le puso el vello de punta. Apenas podía ver a los animales que tiraban del transporte a causa de ella.

—¡Disculpe!—Le dijo al cochero.—¿Falta mucho para llegar?

—No, Señorita. Un desvío más y podréis descasar.

Mary se percató de que el cochero le señalaba al frente, donde el camino se bifurcaba. Cuando estuvo a punto de cerrar de nuevo la ventana pudo ver a través de la niebla el resplandor de unas llamas. Varios metros más adelante, en la bifurcación, pudo comprobar que aquel resplandor correspondía a varias antorchas cargadas por las personas que formaban una comitiva, algunas de las cuales también transportaban un ataúd.

"Oh, Dios mío..."

El conductor dio un tirón de las riendas de los equinos, que se detuvieron con un ligero relincho mientras la comitiva pasaba por delante del carruaje. Aquellas personas parecían no tener expresión, ni luz en los ojos... Simplemente caminaban como lo haría un autómatas, como si ya conocieran a la perfección el camino que estaban recorriendo. Mary ya no fue capaz de cerrar la ventana, parecía hipnotizada por el lento paso de aquellas figuras enlutadas. La falta de movimiento pareció despertar a su padre y a Peter, el cual lo hizo con un inesperado sobresalto. Ambos se

asomaron a la misma ventana por la que lo hacía Mary.

—No es más que un entierro,—les indicó el cochero.—Es tradición dejarlos pasar, no detener su paso.

Los viajeros no contestaron, miraban embobados aquella peregrinación. Cuando aquellos que cargaban el ataúd pasaron justo por delante de ellos, Mary vio horrorizada que este carecía de tapa y que el cadáver que contenía, el de una joven más o menos de la misma edad que ella, estaba boca abajo, lo cual no pareció captar solo su atención.

—Es tradición aquí que se entierren boca abajo a las personas suicidas—les informó el abogado al ver sus caras, utilizando un precario alemán.—Esa joven debe haberse quitado la vida.

A Mary se le encogió el corazón y una cálida lágrima le recorrió la mejilla. De pronto sintió que no podía respirar, que algo oprimía fuertemente su pecho, y se dejó caer pesadamente en su asiento.

—¿Está muy lejos el cementerio?—Preguntó su padre al conductor, al mismo tiempo que ponía las manos sobre los hombros de su hija.

—No, faltaran unos cincuenta metros para llegar.

Cierto, solo cuando esforzaron la vista a través de aquella ligera niebla pudieron ver la baja valla que rodeaba el camposanto. Cuando la comitiva llegó a su puerta se detuvo, dejando el ataúd en el suelo.

El carruaje por fin adelantó al grupo en la puerta del cementerio, y los viajeros pudieron ver como el que parecía un sacerdote se acercaba al cadáver con cuatro clavos en una mano y un martillo en la otra, disponiéndose a clavárselos a la fallecida en las manos y en los pies.

—¿Qué es eso?—Pregunto alterado el padre de Mary.—¿Qué van a hacer?

El mismo abogado, que parecía muy puesto en las costumbres valacas, le respondió casi sujetándolo, pues el burócrata parecía querer saltar del carro para evitar esa barbarie.

—Es una suicida, el ritual para el entierro es así.—Le dijo con voz tranquilizadora.

El hombre se volvió a sentar junto a su hija, poniendo una de sus manos sobre las suyas a modo de seguro, Peter cerró la pequeña ventana de madera.

En seguida llegaron a la aldea de Brasov, en la que las campanas de la torre de la iglesia, repicando después del funeral de aquella joven,

parecían darles la bienvenida.

CAPITULO II

Cuando el carruaje se detuvo en el corazón de la aldea, una plaza que estaba junto delante de la iglesia, sus campanas aún no habían dejado de sonar, aunque ya lo hacían más suavemente.

Los recién llegados se apearon del transporte y se dispusieron a asir todo el equipaje que llevaban que, a pesar de ser el que tendrían para los próximos cinco meses, era bastante pequeño. Peter, el abogado croata cogió su pequeña maleta de cuero negro y se despidió de ellos con una amigable sonrisa. El carruaje volvió a ponerse en movimiento con un cansado relincho de los caballos que lo arrastraban. El simpático conductor que los había llevado hasta allí se despidió de ellos con otra sonrisa, que esta vez a Mary le resulto un tanto siniestra.

Padre e hija se encontraron de nuevo al comienzo de los próximos meses de sus vidas en un lugar del que ni siquiera habían oído hablar antes, al menos en el caso de Mary.

Cuando la chica cogió uno de sus bolsos del suelo vio que sobre los adoquines de la calle había esparcidas cientos y cientos de espinas de rosa, un hecho que, junto con el de que no se cruzaron con una sola persona de camino a la posada, le hubiera pasado menos desapercibido de no haberse encontrado tan fatigada. Un intenso olor a incienso, que parecía salir de las puertas abiertas de la iglesia, pareció acompañarles hasta la posada, a la que no tardaron mucho en llegar y hasta la que Mary siguió a su padre totalmente silenciosa, sin ni siquiera hacer la típica pregunta de: "¿Hacia dónde vamos? O, ¿está muy lejos?" Algo muy usual en ella.

En realidad, la aldea era bastante pequeña, de esas típicas del centro de Europa con el cementerio a las afueras, uno de esos pueblecitos que parecía imposible que todavía existieran en el año 1870.

Su padre llamó con los nudillos a la puerta de madera del que sería su hospedaje, sin dejar de mirar sorprendido como unos ramilletes de ajo parecían adornar todo el marco de la misma. Mary, encogiéndose ante una ráfaga de aire helado que le llegó por la espalda, deseó que el tiempo que tuvieran que pasar en aquel lugar fuera el mínimo posible.

Cuando los golpes contra la puerta sonaron, los fieros ladridos de un perro procedentes del otro lado les hicieron dar un brinco en el umbral. Cuando la puerta se abrió padre e hija vieron que aquel cánido, que ahora los observaba desde la entrada, era enorme y de pelaje intensamente negro, con unas marcas extrañísimas en la cabeza que formaban otro par de ojos había sido pintado sobre su frente con pintura de llamativos colores. El

posadero que había abierto sujetó al perro y miró con suspicacia a los recién llegados, enseguida advirtió que eran los clientes franceses que había estado esperando y les sonrió cálidamente, dándoles la bienvenida con un perfecto francés:

—Sean bienvenidos, los esperaba más temprano. Ahora mismo les caliento la cena y les enseño sus habitaciones.

—Muchas gracias... Señor...

—Soy Andrei Balan.

—Encantado, Señor Balan. Yo soy el burócrata Damien Colville, y esta es mi hija Mary.

Mary le dirigió una sonrisa cansada, pero enseguida le incomodó que aquel hombre, que aunque parecía agradable, reparase tanto en ella, clavándole la mirada tan descaradamente sobre todo en su pecho. Pero de lo que aún no se había dado cuenta la joven era de que no era su escote, cubierto de incontables pecas, lo que el Señor Balan miraba, sino el crucifijo de plata que colgaba de su cuello. Cuando descubrió este detalle se sintió verdaderamente estúpida.

—Tienes usted una hija verdaderamente bella, Señor Colville. Y además lleva un precioso crucifijo.

—Lo sé, muchas gracias.—Dijo su padre sonriendo orgulloso, aunque ni Mary ni él entendieron el porqué de su segunda frase.—Toda la belleza la sacó de su madre.

Soltaron sus bultos a un lado de la entrada y el posadero los invitó a sentarse en una mesa de madera cerca de la chimenea. Enseguida les sirvió dos vasos de vino tinto y dos platos de guisado consistentes pero insípidos, que Mary devoró rápidamente, sorprendiéndose incluso a sí misma. No recordaba la última vez que hubo comido tanto.

El Señor Balan parecía un hombre muy hablador y simpático. Tan campechano les pareció, que Damien se atrevió a preguntarle sobre las muchas peculiaridades que su pueblo mostraba a ojos del visitante, contándole también el espectáculo que había presenciado mientras pasaban por delante del cementerio. El Señor Balan les explicó con toda naturalidad lo mismo que les había dicho Peter, aquella joven era una suicida y en aquella aldea, en la cual prácticamente el 100% de sus vecinos eran tan extremadamente creyentes, el castigo divino que los suicidas recibían era aquel tipo de entierro.

Mary participó poco en la conversación, el efecto del vino se juntaba con su cansancio, haciendo que mantener sus ojos abiertos llegara a suponer

un gran esfuerzo para ella. Pasada media hora más, la joven ya ni pensaba en el sitio en el que se encontraba, solo deseaba meterse en la cama.

No pasó mucho tiempo hasta que una mujer, ni obesa ni delgada, con cara amable y más o menos de la misma edad del posadero, saliera de lo que parecía la cocina de la posada dándoles la bienvenida a los dos nuevos clientes, retirando los platos de la mesa. A Mary le agradó enseguida aquella mujer, sus ojos azules y el color sonrosado de sus mejillas le otorgaban un aspecto entrañable.

—Bueno...—Dijo Balan.—Imagino que estarán muy cansados, hoy habrá sido un larguísimo día para vosotros. Venid, os enseñaré vuestras habitaciones.

Los dormitorios eran dos estancias contiguas, pequeñas pero bastante acogedoras. Las dos contaban con una gran ventana con vistas a las montañas.

Nada más entrar en la suya, Mary tiró su equipaje al suelo de madera y se acercó a la ventana, aquel paisaje parecía haberla hipnotizado, las rocosas montañas, parecían tener un brillo escarlata fuera de lo normal bajo el plateado baño de la luna. La niebla que los había acompañado durante gran parte del camino parecía hacerse cada vez más densa a medida que iba ascendiendo por sus laderas.

—¿Te gustan las vistas, Mary?—Le preguntó su padre, rompiendo el mágico silencio que unía a su hija con aquellas montañas.

La joven tardó unos segundos en contestar, pues cuando estuvo a punto de volverse le pareció ver algo en aquellas rocas, algo que era más extraño aún... Una pequeña luz que parecía brillar ente la niebla, brillando durante unos segundos para volver a desaparecer con la misma rapidez.

—Sí, me encantan.—Dijo al fin con un hilo de voz, ni siquiera parpadeaba.

—Los Montes Cárpatos son impresionantes para aquellos que los ven por primera vez, entiendo su reacción.—Apunto el anfitrión.

—Mary.

—Sí, papá.—Dijo volviéndose frotándose la frente con la mano.—Estoy muy cansada, creo que voy a meterme ya en la cama.

—Está bien, cielo. No creo que yo tarde mucho en hacer lo mismo.—Su padre la besó en la frente, fuera cual fuera la edad de Mary su padre nunca perdería esa cariñosa costumbre.—Descansa bien, hija. Si necesitas

algo ya sabes dónde estoy, mi habitación es la de al lado.

Damien también soltó sus pesados bártulos al llegar a la habitación, exactamente igual a la de su hija, con la única diferencia de que las cortinas de su ventana eran azul oscuro y las de su hija color rojo sangre

—Si usted lo desea puedo dejarle mi candil, en esta habitación no hay ninguno.—Ofreció el posadero, dejando ya la lamparita sobre un tocador pegado a la puerta.—Con su permiso, voy a terminar de recoger la cocina, ya no espero a nadie más. Son ustedes los únicos huéspedes esta noche.

—Espere—le dijo el burócrata antes de que cerrara la puerta.—Creo que le acompañaré, no sé porque pero los días en los que estoy muy cansado me cuesta más dormir. Si no le importa, me tomaré con usted un segundo vaso de vino.

—Me parece estupendo.—Contestó Balan sonriente, parecía haberse animado de repente.

Los dos hombres abandonaron la habitación y volvieron a bajar al salón. Mientras, Mary ya se había puesto su camión de seda, había liberado su cabello de aquel cómodo moño con un simple tirón de la pequeña horquilla que lo mantenía sujeto. Se disponía a meterse en la cama cuando aquella extraña luz volvió a aparecer, parpadeando como una vela que está a punto de apagarse. Con su embaucador calor se apoderó enseguida de la voluntad de la joven, que permanecía inmóvil, con su verde mirada clavada en aquel resplandor.

—Este es un pueblecito muy pequeño, como habrá podido darse cuenta.—Dijo Andrei Balan, sentándose junto a su recién llegado huésped, al que le ofrecía su segundo vaso de vino.—Pronto conocerá a toda la buena gente que habita aquí, se llevarán bien con ellos, ya lo verá.

—Gracias, Señor...

—Oh, por favor, llámeme Andrei.

Con un gesto afirmativo, Damien, se bebió el vaso casi de un trago. La cocina ya estaba casi recogida y la chimenea, a pesar de contener solo brasas, inundaba con su calor la totalidad de aquel pequeño salón.

—¿De qué parte de Francia son?—Preguntó el anfitrión.

—Somos de Niza.

—¿Su hija estudia aún?

—No, aunque la insté muchas veces a estudiar para que continuara mi carrera, ella no quiso hacerlo. Creo que echa de menos una residencia fija, ya me entiende. Le gusta escribir cuentos para niños.

—¡Oh! ¿Es escritora?

—Sí, se podría decir que sí.—Dijo Damien con orgullo.

El posadero sonrió.

—Estoy seguro de que aquí podrá encontrar muchos temas sobre los que escribir, y sobre todo para introducir en sus cuentos.

—O al menos del vestuario sí que sacara ideas, por como he podido comprobar con su esposa y usted, es muy característico, casi propio de otra época.

Andrei soltó una carcajada.

—Pues si eso es lo primero que le ha llamado la atención de Brasov, debería usted de conocer a los vecinos de dos aldeas más allá.

—Espero tener oportunidad.

Durante varios minutos permanecieron callados, minutos durante los cuales el nivel de la botella de vino bajó considerablemente.

Al fin, cuando quedaban escasos minutos para la medianoche, Damien se incorporó de la silla:

—Bueno... Creo que ya es hora de que me vaya yendo a la cama. No hemos tenido un viaje corto ni cómodo.—Se volvió hacia el posadero.—Muchísimas gracias por todo, Andrei, ha sido un detalle por su parte prepararlo todo para nuestra llegada y esperarnos hasta tan tarde.

—No hay que dar gracias por eso, Damien. Pero si lo prefiere le contaré algunas cosas de por aquí por las que quizá me merezca más ese agradecimiento.

¿Unas cosas de por aquí? ¿A qué podría referirse aquel lugareño? Damien sintió una gran curiosidad, y no pudo evitar relacionar en su mente aquello que Andrei le pudiese contar con el espectáculo que habían presenciado unas horas antes.

—¿A qué se refiere?

—Antes, durante la cena, me dijo que le había llamado la atención la manera que tenemos aquí de enterrar a la gente, sobre todo a los

suicidas.

—Sí... Creo que a cualquier extranjero le causaría la misma sensación.

De repente, el semblante de Andrei se volvió completamente serio, contrastando con la imagen de bonachón que le había causado al burócrata desde el mismo instante en que le abrió la puerta.

—Damien, le voy a hacer una pregunta que quizá le desconcierte—dijo el posadero sombrío.—¿Cree usted en los no muertos?

El corazón de Damien pareció detenerse en su pecho.

—Perdone... ¿Cómo dice?—Dijo pareciendo sacar a empujones las palabras de su boca. ¿Acaso había entendido mal?

—¿Cree usted en los vampiros?

No, no había escuchado mal, aquella era exactamente la pregunta que el posadero le estaba haciendo.

—¿Me lo está usted preguntando en serio, Andrei?—Preguntó el burócrata muy serio.

—Desde luego.

—Pues no, lo cierto es que no. No creo en fantasmas.

En la boca de Andrei se formó una sonrisa que parecía burlona, pero el reflejo de la luz de las llamas en su cara hizo que a Damien le pareciese incluso siniestra.

—Los vampiros no son fantasmas, Señor Colville, son otra clase de espectros, una muy diferente. Ellos si pueden hacernos daño, arrebatándonos aquello que ellos dejaron de poseer hace ya mucho tiempo y que nosotros aún conservaremos mientras sigamos vivos. La vitalidad, la vida, la sangre...

—Lo sé, he oído algunas leyendas. Pero lo cierto es que ahora mismo no me apetece mucho escucharlas, estoy muy cansado.—Volvió a levantarse de la silla.

—Todas las leyendas tienen su parte real, ¿no? Usted mismo me ha contado lo que su hija y usted han visto nada más llegar al cementerio que se encuentra en las afueras de Brasov.

—Si... Le dije que nos impresionó bastante, yo mismo estuve a punto de protestar ante lo que estaban haciendo, pues a mis ojos aquello era una

barbarie.

—Eso que le parece una barbarie, es lo que hacemos en estas tierras para evitar que los muertos, una vez enterrados, se levanten de sus tumbas y vuelvan aquí a alimentarse de la sangre de los vivos, provocando más muertes, epidemias... No sienten distinción entre las personas, el no creer en ellos no los libra de su ataque.

Damien, sin darse cuenta, se había vuelto a sentar junto al fuego, escuchando atentamente a Andrei.

—Lo que me está contando es un cuento, una historia que los de Brasov os habéis inventado para atraer turistas. Dígamelo sin miedo, Señor Balan. Me parece de lo más normal del mundo que una aldea que parece estar estancada en el XVIII se invente esas historias para atraer a la gente.

El ventero negó con la cabeza, moviéndola lentamente de lado a lado. Su mirada parecía cada vez más profunda y sombría.

—Le aseguro que no son historias, Damien, son la pura verdad. Y si le hago saber esto es para que usted y su hija tengas cuidado durante esos cinco meses que pasaran aquí.

—Se lo agradezco, pero de verdad y, con todos mis respetos, le diré que personalmente todas esas historias me parecen solamente un pasatiempo.

—Respeto su opinión.—Le contestó Andrei sin cambiar un ápice de su expresión.

—¿De dónde vienen todas esas historias?—Esto ya se lo preguntó por mera curiosidad.—Son ya varios años los que llevo viajando y viviendo en diferentes países y ciudades con mi hija, ¿sabe? Y en todos ellos hay leyendas coloniales, más o menos creíbles, pero leyendas al fin y al cabo. ¿De dónde viene esta?

El posadero sonrió.

—Póngase cómodo, Señor Colville, y se la contaré.